

lentes laureles, para solemnizar el grito de Dolores, repitiendo las mismas palabras del héroe, como si las acabase de pronunciar en nuestra presencia, y como si vibrase todavía la campana de alarma que anunció a los invasores su exterminio.

Cayó el imperio de los aztecas, que, abrigado por las tormentas de los mares y escondido por las sombras del destino, escapó durante muchos siglos a la codicia de la Europa; y pudo levantarse a una altura de civilización, adonde no han logrado acercarse sus orgullosos conquistadores, sino imitando de los pueblos extraños, leyes, literatura, artes y ciencias. Cayó, y de sus pirámides arruinadas, y de sus templos abandonados en las selvas, y de sus ídolos mutilados, y de sus admirables recuerdos, y de cien idiomas que no se callan todavía, y de los montes inflamados, y de las playas mortíferas se escapan millares de clamores en una sola voz, tormento de Cortés y de Calleja, el jay! de los vencidos, que, de día y de noche no demandan piedad, sino venganza. ¿Qué otra herencia pudieron dejar a sus descendientes aquellos guerreros, que desde este lugar, cercado entonces por los lagos, caminaron de victoria en victoria hasta saldar con su macana el sorprendente imperio de los incas? Por eso cuando se aproximaba la reparación, los sepulcros y las ruinas, presentaron a los españoles dos monumentos intactos; el calendario que encierra la época misteriosa, y ostentando geroglíficos tremendos, la piedra de los sacrificios.

Nadie vió en este descubrimiento ni una sentencia ni un suplicio. La superstición y la codicia trasformaron en colonia a las naciones aztecas; el sol de la realidad no alumbró a nuestros padres sino entre las sombras del engaño, como si se hubiera desplomado sobre ellos un mundo sobrenatural con todas sus quimeras. Un teólogo representa la sabiduría, y el conquistador es la viva encarnación del derecho. Las excitaciones se apresuran ó se retardan según el capricho ó los compromisos de algunas imágenes fanáticamente reverenciadas; el curso de una enfermedad depende de una reliquia; el sonido de una campana pone en fuga las tempestades; cada rincón tiene su vestigio, cada ruina su alma en pena, y pasa en cada ráfaga del viento algún gemido misterioso. Los españoles, después de una larga vacilación, no nos concedieron el alma sino para exigir de ella credulidad y respeto; el cuerpo en el hombre servía para alimento de un voraz trabajo, y en la mujer estaba consagrado a los caprichos de la deshonra. Se prohibió a los campos que produjesen vides, moreras y tabaco; se previno a los talleres que cerrasen sus puertas a los productos de la industria europea, y se prohibió a las ciencias para colocar su tea, y los atavíos de la hermosura caían desgarrados a los pies del misionero; y aun en la misma cuna no contemplaba el español a sus hijos, sino a sus colonos. El lecho de rosas donde espiró Guatimotzin, prometía el último descanso a la impaciencia y al descontento; pero en ese lecho dormía la venganza!

Ella se estremeció cuando los Estados Unidos en los eslabones de su rota cadena cancelaron los derechos del hombre, y del ciudadano; ella abrió los ojos cuando un iris apareció en nuestros puertos flotando en la bandera de la república francesa, paseada por la victoria; ella se incorporó cuando escuchó los gemidos de los reyes que huían de entre los escombros del trono que Napoleón ha derribado; y ella se lanzó armada cuando presencia que hasta el vapor y el rayo se postraban sumisos ante el imperio de los audaces. Siempre que el mundo se trastorna, una deidad se encarna en un mortal; dónde tomará un cuerpo la venganza de las razas oprimidas?

Existía un anciano que dividía con nuestros padres las duras penas del horroroso cautiverio. Joven, entregó su corazón a la hermosura y su entendimiento a la ciencia; y no encubrió, ni la llama de sus afectos ni la novedad de sus convicciones bajo la severa corona del sacerdocio. En la edad viril quiso ser labrador y artesano, y así en los campos como en los talleres, vió sus obras incendadas por el espectro del fisco. Entre los brazos de la vejez soñó con los laureles del guerrero, y entonces comprendió que había nacido para ser ciudadano. Al descubrirlo, sintió aquella sorpresa que debe embargar a los mariposeros cuando aladas se desprenden del capullo donde se sepultaron como reptiles. Existía, pues, un ciudadano, un legislador, un caudillo; pero dónde estaba el pueblo? Su palabra creadora iba a formular; ocho millones de almas debían inflamarse en un solo aliento! ¿Quién le enseñó esa fórmula misteriosa, cuyo mágico poder engendrará en el seno de una noche una nación armada? ¡La indignación! Cuando vemos que a sus esperanzas solo sonreía una revolución espontánea, porque, en cada hogar, en cada culla, en cada templo, existía un español, confesor, espía, tirano, sorprendiendo, no solo las acciones, sino hasta el fugitivo pensamiento, dando así a los trabajos de la complicitad más peligros que a una lucha abierta. Nosotros, los que hemos respirado en agonía bajo el puñal de las cortes marciales; que hemos presenciado los atentados del zorro y del argelino, y hemos sentido en nuestros labios agitarse una involuntaria exclamación de muerte contra la muchedumbre de verdugos, hijos también nosotros de la indignación y del infortunio, comprendemos muy bien que en la noche en que así lo quiso el destino, hubiéramos gritado como Hidalgo, hubiéramos

repetido como nuestros padres: ¡Mueran los españoles! Hidalgo no fué un visionario, pues ninguna enfermedad puso sus revelaciones en frases incoherentes, ni jamás se presentó otro fantasma a sus ojos, sino la imagen de su patria emancipada; ¡jubíle locura que forma nuestro orgullo y nuestra herencia! ¿No lo creía, concuadános? Esa patria que robó Hidalgo a los españoles, hoy se atavía porque la hemos salvado de los franceses.

Hidalgo no fué un impostor, pues ni llamó en su ayuda a una deidad desconocida, ni buscó un trono como legislador, ni ambicionó un altar como profeta. Hidalgo no fué un ambicioso, pues jamás se proclamó el único digno y capaz de organizar la nación que entregaba a los nuevos misterios del destino. ¡Hidalgo fué un libertador! El dijo al pueblo; sé soberano.

Sabia muy bien que el pueblo, entregado a sus instintos, tarde ó temprano se reclina en el regazo de la democracia. Sabía que el mundo ya no comprendía el lenguaje de los reveladores y de los inspiradores. Sabía que el Sinaí tempestuoso, donde el legislador encuentra las tablas de la ley, es el mismo pueblo que ya quiere dictarlas antes de recibirlas. Comprendía, en fin, Hidalgo, que las constituciones y los programas revolucionarios no merecen que el ave de Mahoma los baje del cielo, sino cuando esas instituciones sociales son el vivo reflejo de la voluntad del pueblo. Gloria al único trastornador que entre nosotros no ha querido sujetar a sus caprichos los intereses y los deseos de sus conciudadanos! Una sola fué su bandera, uno solo fué su dogma: exterminio a los opresores! ¡Muerte a los intrusos! ¿Quién podía extender su mano para salvarlos? Los hombres que especulan con todos los partidos no existían; los escritores sentimentales callaban. Muerte! Hidalgo no podía decir: destierro para los españoles, multas para los filibusteros, garantías individuales para los Flores y Callejas, amnistía para los que van a ser nuestros verdugos. La nación necesitaba para despertar, el grito de la guerra: muerte!

Y la nación se levantó. Desarmada, inexperta, envuelta en peligros, pide instrumentos destructores, a los bosques, a los peñascos, al clima, a los aires, al cielo; para su ansiedad, la naturaleza, siempre fecunda en calamidades, se presentaba como inocente: era un tesoro cuanto tenía el carácter de mortífero. El soldado de los primeros combates, con cuanto placer levantaba la mutilada bayoneta y el abandonado fusil del enemigo fugitivo ó muerto! cuánto agradece a su hermano moribundo el último cartucho que le entregó como una herencia. ¡Luchad y de venganza! Por la patria, las esposas encendieron fatigadas, y acaso desahogaron su grito de dolor y su velo para vengar una herida en la frente del desposado. Niños, mujeres, ancianos, sacerdotes, quién no se improvisó en guerrero? No los guiaba el fanatismo, como a los europeos, para la conquista de un sepulcro falsificado; no los guiaba la codicia como a los recientes pobladores de la aurífera California; ni como los ábitos de Attila, ni como los israelitas abandonaban las tumbas de sus padres para entregarse a la barbarie y a la idolatría del desierto; seguían a un anciano; pero ese candillo, ante los muros de Granaditas y en el Monte de las Cruces, no aparecía como un varón cargado de años y preocupaciones, no temblaba ante los cañones enemigos ni se dejaba agobiar por las exigencias y peligros que le salían al encuentro. Rejuvenecido bajo el sol de la independencia, y rebosando en sus palabras entusiasmo y confianza, exponía tranquilo los breves años que le quedaban de existencia, en cambio de una inmortalidad envidiable. Descubrió a las elusmas inermes como la osadía fascina a las huestes disciplinadas y les arranca la victoria. Desde las lomas de Santa Fe lanzó sobre el palacio de los vireyes el grito de Dolores; y la sentencia que meses antes había sido anunciada por una sola campana, ya entonces se proclamaba por cien cañones y por millares de combatientes, y se prolongaba repetida por los Morelos, los Guerreros, los Matamoreos y los Rayones.

No pudiendo el español conservar su patria, se dedicó a destruirla, tenía los tormentos de la inquisición y la espada de Cortés y de Alvarado; y era preciso que viniendo como conquistador, se sintiese como verdugo. Taló las campañas, convirtió en cenizas las poblaciones, sembró lágrimas en los hogares, y levantó tantos suplicios cuantos eran los árboles de los bosques y los colonos que lloraban sobre su frente la más leve sombra de descontento. Y sucedió Hidalgo; pero en sus labios, la mano del sepulcro no pudo contener el grito de Dolores.

El héroe alcanzó la primera victoria, y la primera victoria en la campaña encadena el porvenir, sin dejar a los contrarios sino triunfos efímeros, que aumentan su tormento y dilatan su ignominia. Hidalgo se vió vencido y muerto, y llevado en brazos de la venganza hasta el castillo de Granaditas, donde quedó enclavada su cabeza; pudo la sombra de la víctima contemplar como una picota el primer teatro de su gloria? Aquella cabeza donde se anidaron el valor, el talento, la bondad y el patriotismo, siguió desde su altura envolviéndose en el volo de oro que arrastra el sol de la patria, reflejando los relampagos de las tempestades, lanzando de sus órbitas dilatadas rayos de indignación, y dejando escapar al silbido del viento de sus mandíbulas entrañadas el anatema de Dolores. Tal fué su misión después de muerto; y hasta que

sus verdugos desaparecieron, no vino a descansar en el sepulcro que la capital de Moctezuma le había preparado, y de donde nos ha gritado todavía al sentir los pasos de los franceses; ¡Odio a los invasores!

¡Mueran los conquistadores! Estas tres palabras han quedado grabadas sobre las rocas de México; las contemplamos entre los astros, y esparciéndose en bandadas por la atmósfera, encuentran un nido en cada pensamiento. ¿No las pronunciamos para conjurar nuestros grandes conflictos y para solemnizar nuestras empresas victoriosas? Los españoles, al Ulta, dejaron un trono como un castigo para la insurrección, como una esperanza para el Viejo Mundo; Iturbide cambió su espada en cetro; nosotros, para romper ese cetro y esa espada, reprodujimos el grito de Dolores. Y después, para destruir el sistema central, heredado de la colonia, y cuando el pueblo deja su huella sobre los altares donde la besa el sacerdote humillado; y en cada ensayo feliz de la agricultura y de la industria; y para abrir las puertas de nuestros colegios a la ilustración del siglo; y para rechazar a los compañeros de Burradas; y para recibir a los filibusteros que declararon a Veracruz su prenda pretoria; y entre los cantos que alegran la cuna de nuestros hijos; y en el júbilo del festín; y en los recuerdos y en la esperanza, y en los secretos del corazón, no termina otra fórmula nuestras acciones, nuestros himnos y nuestros votos.

Admiramos al pueblo español en Cervantes y le tenemos simpatías en Mina; sus odios, y sus pretensiones y sus proyectos, no han sido poderosos para cerrar las puertas de nuestros hogares; conservamos de sus creencias y de sus leyes lo bastante para compadecernos como víctimas de una común desgracia; su idioma nos enlaza sobre el Atlántico, y no permite cerrar nuestros oídos a las injurias que desde el otro continente se nos prodigan; y aun tenemos la debilidad de llamarlos de nuestra raza, nosotros que no tenemos raza conocida y cuyo territorio se ha formado con las cenizas de nuestros padres. Pues bien, llenos de las inspiraciones que la fraternidad derrama sobre el mundo, elevamos nuestras preces al cielo porque tantos reuoceros se extinguían. Pero, ¿cómo olvidar todavía que ellos nos han traído a los franceses? La República, sobre las cicatrices mal curadas que le dejaron los Callejas, se estremece con las heridas por donde corrió el agua de la vida, esgrimida por Fontana, Bazaine y las cortes marciales; ¿gimé y no encuentra consuelo sino en la exclamación que le enseñaron los Hídalgos y los Allendes, y que acaban de recordarle los Romeros, los Ghilardis, Arteagas y Zaragoza. ¡Un desafío a sus verdugos!

¡Retorcidas las almas tímidas ante este compromiso de lucha eterna contra pueblos tan poderosos! Nosotros no hemos provocado las guerras ajenas. ¡Envolvemos en la bandera tricolor como en un sudario, hijos, esposa, honor, engrandecimiento de la patria, para entregarlos a la codicia de un enemigo? Nuestra salvación está en la fuerza. ¿Somos débiles? Aliándonos con sus vecinos se extendieron por el mundo los romanos; sujetándose desde la escuela a la disciplina militar y al manejo de las armas, en menos de un siglo los compatriotas de Federico II se han apoderado del patrimonio de los cesáres; saludando con el cañón a las naciones contrarias, tarde ó temprano nos haremos abrir las puertas del universo. Jamás una nación se ha engrandecido si sus iras no han atravesado los mares, alejando de sus campos la guerra y pagando las visitas de los pueblos ambiciosos. No nos alucinemos con esa pesadilla pasajera en que, sin salir de su lecho, se está agitando el viejo mundo; ¿dónde lo guiarán sus instintos y sus necesidades cuando despierte? Lo que Napoleón III ha llamado el primer pensamiento del imperio, es un buitre que se ha retirado a su nido, oculto entre las rocas y las nubes, para desde ahí acechar a los corderos descuidados. También nosotros tenemos un pacto con la muerte; para alimentar con sangre ya sea la nuestra, ya la de los contrarios. En las saturnales de la invasión, en medio de las danzas líbicas, han sido por el extranjero admirados y aplaudidos los pies de nuestra deshonra; la miseria recorre los campos; la ciencia nos convida con armas tan destructoras como una epidemia; el mar nos ofrece sus filibusteros; los altares y los tronos de los antiguos opresores se derriban; lo pasado y el porvenir hacen temblar al europeo que naufraga en lo presente; y entre tanto nosotros vivimos y nos regocijamos en medio de las tempestades que envuelve la empavesada nave de nuestra independencia. La guerra de 1810 no ha concluido.

Conciudadanos: sea que esperéis el progreso de la patria bajo la sombra de vuestros laureles; sea que os anticipéis a su venida arrancándolo con vuestras armas de suelos extraños, jamás, ni en la paz ni en la guerra, conféis a otras manos sino a las vuestras ese cetro de la soberanía que solo vosotros habéis conquistado y que solo vosotros podéis levantar con gloria. Los héroes, llámense Hidalgo ó Zaragoza, los gobernantes aun cuando en su número se contase otro Washington; las autoridades no son sino estrellas que desaparecen de un horizonte donde solo brilla constantemente un sol, el pueblo. Hidalgo, abandonado por esta deidad, no sería sino un oscuro seditioso. Iturbide la desconoció, y murió como Maximiliano. La lucha de la primera independencia, la organización democrática, las leyes de la reforma; la resistencia a la Francia, y las empresas que el porvenir nos

guarda, todo pertenece al pueblo: siempre en sus peligros se ha bastado a sí mismo.

Limpie nuestra espada, no porque el sangre empañe su brillo, sino para que sus filos no se enmohezcan, y permitan sospechar a los otros que renunciamos al combate. En pie, y bajo la bandera nacional, como si los clarines se impacientaran por tocar a fuego, intimemos de una vez en esta santa noche, nuestra última resolución a todos los pueblos de la tierra: "Nosotros podemos sucumbir, pero jamás direis que os hemos temido; mengua a quien vea la debilidad en esta mano de amigos que hacia vosotros extendemos! No nos dirijamos a los gobiernos sino a los ciudadanos. Los gobiernos celebran todavía sus alianzas de familia y de rapiña; pero entre tanto los pueblos fraternizan por medio de la prensa, del vapor y del telégrafo. ¡Hermanos! hombres de Europa y de las otras regiones del globo: vosotros conocéis la patria de Moctezuma que descubrió Colon, admirando el volcán de Orizaba como una tienda de cristal en el vasto desierto de los mares. En las costas, a las sombras de los palmeros, las flores encantan la mirada, los frutos provocan el gusto y suavísimos olores trasportan la contemplación a un misterioso paraíso. Las montañas son unos canastillos tejidos con plata y adornados con piedras preciosas. Ciudades populosas dominan en las altas llanuras. Por todas partes el extranjero pacífico encuentra abrigo, alimento, la esperanza de la opulencia, los brazos de la amistad y las miradas de la hermosura. La ley aquí no prescribe ninguna raza ni guarda reuoceros para sus antiguos enemigos. Sobre el templo de Huitzilopochtli, sobre el palacio de la inquisición, sobre las cortes marciales, hemos borrado la palabra opresión, escribiendo en lugar de ella: libertad para los habitantes; hospitalidad para los extranjeros! ¿No es más honroso dividir nuestros trabajos, no es más digno llamarse mexicano, que llamarse irlandés y perecer en la ignorancia y en la miseria; que llamarse polaco y ver a los hijos destruidos por el azote de la Rusia; que llamarse romano y ser el ludibrio del mundo; y que llamarse francés para ensayar en Europa el imperio del Paraguay bajo la disciplina de los jesuitas? Venid a donde nuevos ríos, nuevas campañas, nuevos astros, nuevos hogares y un nuevo porvenir os esperan; aquí hay un asilo para todos los infortunios, un altar para todos los dioses y un sepulcro para todos los tiranos. Esos insultos que nos prodiga la Europa porque uno de esos caciques ha pasado las puertas de la tumba para rendir homenaje a las sombras de Guatimotzin y de Hidalgo, lo vienen sino a presenciar nuestro juramento de no depositar las armas, mientras nuestros esperanzas no se aseguren, mientras no desparezcan nuestros temores. Tal es la resolución del pueblo mexicano, que ha sabido reproducir un Rosas para San Pedro, para Puebla o Zaragoza!"

MINERAL DE CATORCE.

Fragmentos tomados de un extracto de la "Revista científica y literaria" publicada en la Capital de la República en 1846, y apuntes científicos de respetables facultativos, y noticias de actualidad.

ORIGEN Y FUNDACION.

Según antiguas tradiciones, el nombre de este Mineral se deriva de una aventura que sucedió en tiempos remotos a una partida de soldados españoles, que caminando por la montaña fueron atacados por una tribu de indios bárbaros habiéndoles muerto catorce hombres en la refriega.

La fundación de Catorce fué el año de 1777, y las riquezas mineras se descubrieron el año de 1773, después de lo cual se han desarrollado rápidamente. El lugar donde se comenzaron a extraer los primeros frutos, fué en el tiro llamado de Guadalupe en la veta madre.

El Mineral de Catorce ó real de Alamos, está situado a los 23 41° de latitud boreal, y a los 101° de longitud meridional de Londres. La sierra tiene de longitud de Sur a Norte 14 leguas, y 7 en su mayor latitud de Oriente a Poniente. En ella se encuentran ricas vetas de plata, cobre, azogue y amianto.

La altura de Catorce sobre el nivel del mar, según las medidas tomadas por científicos, es de 2668 metros; y el cerro de la Leona, el mas elevado de este Mineral ó inmediato a esta ciudad, mide 3099 metros sobre el mismo nivel.

El aspecto de la cordillera es triste y arido. La ciudad, como queda expuesto, se encuentra colocada en una inmensa altura y es invisible para el viajero hasta encontrarse casi en las goteras de la población. En tiempos remotos, el terreno se encontraba cubierto de frondosos bosques que fueron destruidos por los aventureros que penetraron en las montañas, y ahora ni un solo árbol se encuentra en ellas. La situación de Catorce es singularísima, pues está coronada por profundos precipicios que interrumpen la regularidad de las cuestas, pues muchas tienen un piso de un lado, y dos ó tres de otro, y rodeados de rocas, donde sus habitantes encuentran abrigo contra la inclemencia del tiempo. Cuando se contempla a la claridad de la luna opacada por pardos nubarrones, la escena plataborra donde está colocada esta fantástica ciudad, bien combinada por cierto, y se fija la vista en las profundidades y oscuros precipicios que la rodean, apenas puede concebirse que se encuentre en ella una numerosa y trabajadora población que vive contenta y llena de las más alagadoras esperanzas.

No obstante la rara crítica, y lo poco frecuentada ciudad por extrañas gentes, crece por la vía del progreso y las luces del siglo se propagan las clases sociales.

POBLACION.

Actualmente existen en el país 16,288 habitantes, y sigue aumentando.

SUCESO NOTABLE.

El día de hoy ha sido funesto el Mineral, el filántropo, el inmejorable esposo, el Decano y cirujía Cayetano Aldas, modelo de virtudes civiles, ha dejado de existir. Los de la sociedad están de duelo; el destino es irreparable; el destino arrebató de este mundo al médico que por muchos años del desgraciado, el consuelo del, el que con los milagros luchaba con la muerte, devoto esposo de la esposa, el padre, hijo a la madre.

GIROS.

Los principales son la minería: el primero, con excepcion de Concepcion, no existe en la actualidad, aunque las más honrosas y fundadas para el porvenir y el comercio consiguiente se encuentra en...

COMERCIO.

Los principales comerciantes son Juan Dominguez, P. de Lázaro Echevarría, Pedro Agapito Cuadra, Alberto teban Gómez, testamentaria de Gómez y Juan Mendizábal.

PROPIETARIOS.

Los mas ricos propietarios son Gregorio de la Maza, Echevarría, Manuel Villalpando, de Gómez, Lázaro Echevarría, de Dominguez, de los Reyes, Manuel L. Cosgaya y Pedro Blázquez.

LLUVIA.

Ha llovido muy poco, pero se cree que se llegará a la cantidad de la cosecha. No se levantará la...

PRECIOS DE SEMILLAS.

El maíz vale a \$3.75, el trigo \$9, la cebada a \$9.75, el precio ni de...

TEMPERATURA.

El clima es casi generalmente frío e insoportable, algunos días con los de la Siberia; pudiendo que no se encontrará otro que el territorio mexicano, donde un frío más intenso que en las de Catorce, muy principal del cerro de la Leona, donde generalmente soplan con increíble...

CLIMA.

Aunque muy variable, en su...

JORNAL.

Los jornales de rancho gran diarios, los de albañilería de 4 a 6 reales diarios, los de operarios de 6 a 8 reales diarios, los de hombres de trabajo, ni sobran...

ENFERMEDADES.

Las enfermedades reinantes son: fiebres, disenteria.

MEDICOS Y BOTICOS.

Hay dos médicos y dos boticarios generalmente surtidos.

VIVERES.

Los víveres de primera necesidad todo tiempo son bastante caro, pero no obstante esto, vegetales provisiones y otros de la tierra caliente ó de los cerros que algunas veces toman los que en otras partes...

FIBRAS.

En las sierras de este Mineral se encuentran algodónes, que se explotan por...

ARMONIA.

En lo general hay conformidad entre los vecinos, a pesar de que por los alrededores se encuentran varios discursos, y por instinto.

MINAS.

Se trabajan doce de plata, cobre y las demás, casi todas de propiedad particular; hay tambien un mineral de catas que pueblan el Mineral, y muchas con espaldas fundadas, de las que trabajan varias, aunque en poca cantidad.

En lo general las minas son explotadas por compañías mas ó menos ricas, distinguidas por su voluntad y con el "Union Catorceña" modelo de honra y honra del ramo minero, costosísimas y atrozmente explotadas, su explotación para explotar las inmensas...